

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica IV de Adviento.

*Parate viam Domini...
Facite fructus dignos penitentiæ.*

Una vez vino el Señor, lleno de gracia y de verdad, y los suyos no le recibieron. Ciegos voluntarios rechazaron las luces de la verdad, y se quedaron con sus tinieblas, cerraron su corazón á los dones de su gracia y murieron en la impenitencia. Los que recibieron al Salvador y le hospedaron en su corazón, merecieron la dignidad de hijos y herederos, hijos de Dios y herederos de su reino. El hijo de Dios se hizo hombre, y habitó entre los hombres, y nosotros vemos su gloria, y sabemos que allí donde Jesús encuentra digno hospedage, á saber: una alma limpia y un corazón purificado, derrama la abundancia de

sus gracias y toda carne alcanza la dicha de ver la salud de Dios. ¡Ay de los que no creen, ó no reciben á Jesús cuando viene á visitarlos lleno de gracia y de misericordia! ¿Quién podrá librarlos de la ira venidera? Voz del que clama en el desierto: *Parate viam Domini*. Preparaos á recibir las visitas misericordiosas del Señor que viene á vosotros con pensamientos de paz. Que todo monte se humille, y todo valle se colme; que los caminos torcidos se enderecen, y los desiguales se allanen y los ásperos se tornen suaves, y toda carne verá la salud de Dios. Porque si no queremos recibir á Jesús ahora que viene manso y humilde, gracioso y risueño, ¿quién nos librárá de sus iras cuando venga á juzgarnos lleno de gloria y magestad? *Facite ergo fructus dignos penitentiæ*. Luego

es necesario que hagamos frutos dignos de penitencia. Tal es la conclusión que brota de la doctrina expuesta. Así predicaba el Bautista en las riberas del Jordán y yo voy á repetir sus inmortales enseñanzas, con el fin de hacerlos ver la *necesidad de la penitencia, y su verdadero fruto.*

Era el año décimo quinto de Tiberio César, siendo Poncio Pilato Gobernador de la Judea, Tetrarca de Galilea Herodes, Filipo su hermano de Iturea y de la Traconitide, y Lisaniás de Abilina, y eran príncipes de los Sacerdotes Anas y Caifas, cuando Juan, hijo de Zacarías salió del desierto y comenzó á predicar por toda la region del Jordán bautismo de penitencia para la remision de los pecados. Era la voz que clamaba alto, diciendo: *Parate viam Domini.* Vino á dar testimonio de la luz, á saber, de Cristo verdadera luz que habia descendido del cielo para disipar las tinieblas de la tierra. *Parate viam.* El Bautista habia conmovido las regiones del Jordán. Su figura noble y simpática, la austeridad de su vida, el brillo de sus virtudes, la autoridad y elocuencia de su palabra y la novedad de su doctrina habian causado profunda sensacion en aque-

llas comarcas. Era de ver cómo acudían de todas partes las muchedumbres, ávidas de oír y contemplar al famoso orador del desierto. ¿Y qué dice, qué enseña, qué predica este hombre poderoso en obras y palabras? Predica la penitencia, como necesaria para recibir la luz, la gracia, y los dones que trae consigo el príncipe de la paz, el Oriente divino, el rey de los siglos, Emmanuel, Dios con nosotros. La penitencia es el camino por donde el hombre llega á Dios, y por donde Dios viene al hombre. Pero la penitencia ha de ser *digna*, á saber, verdadera, seria y condigna. Entonces será verdadera, seria y condigna cuando el pecador se duela íntimamente de sus culpas, cuando mude completamente de vida, y satisfaga á Dios por las ofensas que hizo á su infinita Majestad. No hay salud de Dios, no hay vida, ni salvacion sino haceis penitencia verdadera. Que la medida del dolor y de la pena sea la medida del placer ilícito y de la culpa mortal. El que más ha pecado, mas debe dolerse, y mayor debe ser el castigo que se imponga, la pena que sufra, y las expiaciones que ha menester para su justificacion delante de Dios y para ser admitido en la gracia de su

Hijo Que la Penitencia sea íntima, sincera y radical, á saber, que se obre en vuestra vida una trasformacion completa, que la soberbia se torne humildad, la embriaguez se convierta en abstinencia, la avaricia en desprendimiento, la dureza de corazon en generosidad, la pereza en diligencia, el hielo de la indiferencia en el fuego de la devocion, la pusilanimidad en valor, la cobardia en celo, la debilidad en fortaleza, la lujuria en castidad. Si el árbol de vuestra vida no da estos frutos, la penitencia no es verdadera. *Irrisor est, non pœnitens*. Será una burla, una nueva ofensa que haceis á Dios y un menosprecio de su misericordia. Y sabed, hermanos míos, que nadie se burla impunemente del Dios que cabalga los aquilones y reduce á pavesas con el fuego de su ira las montañas de la soberbia. *Deus non irridetur*. Lo que os manda Dios, lo que os conviene para lograr su gracia y amistad, lo que os predicamos en nombre de Cristo, vuestro Salvador, es que hagais frutos dignos de penitencia; frutos verdaderos, no fingidos, internos que broten de un corazon contrito y humillado, no puramente exteriores como los hipócritas que se presentan á vista de los hombres con apariencias de santidad. y son en

realidad lobos rapaces, sepulcros blanqueados y repletos de vicios y de corrupcion. La penitencia es verdadera cuando una vez convertidos servís á la verdad con tanto celo como antes desplegasteis en favor de la mentira; cuando adorais lo que antes quemabais, y quemais lo que antes adorabais; cuando amais á Dios y su gloria con tanto ardor y decision como antes manifestabais en el amor de la carne del mundo, y del demonio. El Apóstol os lo dice con palabra viva y elocuente: ¿No es cierto que antes habeis entregado vuestra inteligencia al error, vuestro corazon al vicio y los miembros de vuestro cuerpo á la inmundicia y á la iniquidad? Levantaos ahora de vuestro sueño, enarbolad la blanca bandera de la pureza, y consagrad las nobilísimas facultades de vuestra alma, y los miembros de vuestro cuerpo al servicio de la justicia para vuestra santificacion (1).

Haced penitencia como la describe San Juan Clinaco (2), y sean sus frutos como los exige nuestra rehabilitacion sobrenatural, condicion necesaria de nuestra salvacion. La penitencia dice este modelo de penitentes, ha de

1 Ad. Rom., VI, 19.

2 Grado 5.º de accurata pœnitentia.

ser un libelo de repudio á todo consuelo mundano, una renuncia total á todo placer impuro, una paciencia voluntaria y resignada en medio de los trabajos y aflicciones, un deseo eficaz y práctico de padecer y sufrir, y una lucha perpétua contra los desordenados apetitos de la carne. Así obra el verdadero cristiano, amante de su salvación. *Parate viam Domini*. Tal es el camino del Señor, que el Bautista mandaba disponer para que toda carne lograra la dicha de ver la salud de Dios. Y para darnos cabal idea de la verdadera penitencia, de su necesidad, y de sus frutos, se vale de una expresiva metáfora, diciendo: Que todo monte se humille, y todo valle se colme, que los caminos torcidos se enderecen, y las sendas frágiles se allanen. Como si dijera: Quitad de vuestras almas todo pecado. Que el soberbio humille su cabeza, que el pusilánime y perezoso se torne activo, magnánimo y confiado, que el iracundo se haga manso, y el avaro generoso, y el impuro limpio de corazón, y entonces vendrá Jesucristo á sus almas como rey magnífico y amoroso para habitar en ellas y colmarlas de sus dones y regalos. Si, hermanos míos: Humillad á los pies del sacerdote, ministro

de Cristo la montaña de vuestra soberbia, llenad con la fé, la confianza y los buenos propósitos el valle de vuestra pereza y pusilanimidad, enderezad vuestros caminos que van torcidos, purificad vuestro corazón que está manchado, romped por medio de una confesión humilde y dolorosa las duras cadenas que la degradan y envilecen, y entonces vereis la salud que Dios envía á los hombres de buena voluntad, pasareis de las tinieblas á la luz, de la esclavitud á la libertad, de la miseria á la abundancia, del estado tristísimo de la culpa á la dignidad altísima de hijos y amigos de Dios, hermanos de Jesucristo y herederos con El de las riquezas de la gloria, Amen.

UN FAVOR DE NUESTRA SEÑORA.

Un Jesuita misionero en la Bengala meridional relata el siguiente suceso edificante:

El pueblecillo de Manapadan, situado en el centro de un distrito enteramente pagano, no posee mas que unos pocos católicos: quienes sin embargo son siervos fieles de Dios, y su bendita Madre tiene una modesta capilla ente ellos.

Hace ya mucho tiempo que no caía una sola gota de agua por todo aquel vasto territorio.

La sequía era extrema y la cosecha por todas partes estaba en inminente pe-

ligo de perderse. Los indios habían usado ya todas sus prácticas supersticiosas; pero todo en vano, los cielos permanecían cerrados y rajada la tierra. Al fin resolvieron intentar un supremo esfuerzo. No sabían á cual de las divinidades acudir en tan grande apuro, pero al fin resolvieron que el azar decidiera el asunto.

Al efecto tomaron once hojas y sobre cada una de ellas inscribieron el nombre de una de sus principales diosas.

Algunos de los indios propusieron se debía agregar otra hoja con el nombre de María, abogada de los cristianos, lo que fué unánimemente aceptado.

Encendieron en la plaza pública un gran fuego al que arrojaron las doce hojas en presencia de una muchedumbre, declarando todos invocarian á aquella divinidad cuya nombre fuese respetado por las llamas.

Apenas fueron las hojas echadas al fuego quedaron inmediatamente reducidas á cenizas, una solamente quedó intacta, y era aquella que llevaba grabado el sagrado nombre de la Madre de Dios.

Dudar era imposible, y los indios se creyeron obligados á invocar á María. Se encaminaron inmediatamente á la pequeña capilla de Nuestra Señora exclamando por todo el camino: «No hay otro Dios sino el Dios de los cristianos y su Madre que es Todopoderosa» y todos juntos rogaban á su manera.

Estos homenajes agradaron á la Santísima Virgen, pues apenas salieron los indios de la capilla que el cielo empezó á llenarse de nubarrones, que en breve

cedieron una lluvia abundante que refrescó todo el campo.

Pero María aun hizo mas; arrojó sobre aquellos estériles corazones el rocío de la Divina Gracia y pronto se convirtió una gran parte de los paganos.

La hoja sobre la que está inscrito el nombre de María, y que fué tan milagrosamente preservada del fuego, aun se puede ver en la modesta capilla de Manapadan.

LEYENDA

SOBRE EL CÁNTICO DEL «MAGNIFICAT.»

En aquellos tiempos en que la fé mas ardiente animaba á los cristianos, habia en un valle, todo poblado de árboles, un austero monasterio habitado por unos monjes que solo se dedicaban á la oracion y al trabajo.

Como la mayor parte eran ancianos llegó un dia que ninguno de ellos podia cantar.

El Abad mandó entonces que se rezasen la mayor parte de los oficios divinos: sin embargo hizo una excepcion.

Es preciso, les dijo, que hagamos todo cuanto dependa de nosotros para entonar el cántico de nuestra Señora.

Todos los dias en las visperas se cantaba el *Magnificat*, si cantar puede llamarse á un conjunto de voces, cascadas algunas, mal entonadas otras y débiles todas ellas.

Bien se apercibieron de ello los monjes, pero humildes de corazon, seguian cantando; no hacian mas que obedecer.

Años duró este estado de cosas. Pero

hé aquí que una tarde, día de Navidad, llama á las puertas del monasterio un jóven ofreciéndose como postulante, entre cuyas cualidades sobresalía la de tener una buena voz. Instáronle los monjes á que cantase, y en efecto, un sonido fuerte y claro de un magnífico tenor resonó por los ámbitos del monasterio.

Ahora sí, dijéronse alegres, que se cantará admirablemente el *Magnificat*. Y acto continuo admitieron al jóven, quien en las vísperas desempeñó su papel de manera tal, que los monjes creyeron oír mas bien la voz de un Serafín que de una persona humana.

Absortos los monjes en sus rezos y alabanzas al Señor no advirtieron la satisfacción retratada en la cara del jóven cantor, y por tanto no podían adivinar los pensamientos de éste retratados en su semblante. «¡Cuánta falta hago en esta Comunidad! se decía. ¡Soy el único que puede cantar! ¡Qué hermosa es mi voz! ¡Cómo la admiran todos!»

Llegó la noche, y los monjes seguían ocupados en sus rezos, cuando de repente aparece ante ellos un ángel de hermosísimo aspecto y noble apostura. Su semblante, sin embargo, estaba triste y severo.

Empezó á hablar y los monjes le escuchaban aterrados.

He venido aquí, dijo, por orden de mi Rey y Señor, á saber por qué no se ha cantado hoy el *Magnificat*. Por espacio de muchos años se ha elevado desde este coro al Cielo una dulce melodía cuando con fervientes y agradecidos corazones cantabais el cántico de su Madre. ¿Por qué, pues, guardais silencio en la prime-

ra víspera de Navidad? No ha llegado una sola nota á los oídos de Dios.

El ángel no aguardó respuesta. Los monjes cayeron en tierra, y el ángel desapareció.

El postulante salió también. Los monjes desde entonces con corazones henchidos de esperanza y gratitud cantaban el *Magnificat* tan alto como su voz les permitiera.

Su voz apagada apenas era percibida; pero Jesús oía con agrado desde el cielo el cántico de su Madre.

(*El Pilar*).

EL DESTINO DE UN CONDENADO.

Acaba de morir un suicida, y el Ángel de la Guarda llevó su alma ante el tribunal de Dios.

La sangre derramada por este infeliz no había salpicado, solo su nombre; había manchado también su alma y la había puesto negra, negra como el pecado que sumergió á Luzbel en el Averno.

El Ángel, cubierto con sus alas, le acompañaba avergonzado: que el Ángel de la Guarda por malos que seamos, no nos abandona hasta que el Juez Supremo nos absuelve ó nos condena.

Oyóse en el espacio un trueno que hizo temblar al suicida, y apareció en las nubes Aquel que había de juzgarle. «La gloria de este Juez cubre los cielos; su esplendor brilla como el sol, y la nube que vela su magestad despide rayos.»

Mira al desgraciado suicida, y de sus hojos salen dos llamas de fuego.

—¿A dónde vas? le dice; ¿quién te ha llamado aquí?

—Señor, era un infeliz en el mundo, y puse fin á mi existencia.

—A una existencia que no era tuya, porque ni de tí ni de hombre alguno la habías recibido. Yo te formé del polvo de la tierra. Yo te di una alma hermosa y pura como el Ángel que asiste cerca de mi trono. Yo te crié para que reinaras en el Cielo. ¿Por qué has cortado el hilo de tu vida? ¿Por qué cambiaste tu destino? Pero ¿en qué eras infeliz?

—Era rico, y perdí en el juego mi fortuna, y no podía vivir en la miseria.

—¿Y no sabes que yo soy el que lo dispone todo y el que todo lo dirige con su mano omnipotente? ¿Hacían las riquezas tu felicidad? Yo te las quité para tu bien. Un día que tenías oro y tierras, dijiste blasfemando: «Yo no necesito nada ni aún de Dios.» Y no sabías que eres miserable y digno de lástima, y pobre, y ciego y desnudo.

—Era un hombre honrado, y un día sucumbí á la tentación, y cometí un gran crimen, y me cogieron infraganti, y no podía vivir en la deshonra.

—Por malo que sea el hombre le están abiertas siempre las puertas del arrepentimiento. Yo soy grande, y mi misericordia es infinita. Yo perdono al pecador arrepentido, y cuando yo perdono, el trabajo y las virtudes calman la indignación de la ultrajada sociedad.

—No era feliz en la tierra, y dije: «Descansaré en la sepultura.»

—¿Y quién es feliz en la tierra? No sabes que el mundo es una mansión de desdichas, un valle de lágrimas? Nadie, nadie puede decir: «yo soy dichoso;» ni el Rey ni el último vasallo; ni el rico ni

el mendigo. Se ha dado al hombre vivir en la tierra para conquistar á fuerza de trabajos el reino de los cielos. Por eso todos los goces del mundo acaban con lágrimas, y el dolor está mezclado con la risa. Pensabas descansar en el sepulcro, sin recordar que hay en tí un alma inmortal que no puede volver á la tierra. Mira, insensato, tú que no quisiste creer en la otra vida.

Dijo el Señor, y con su dedo omnipotente mostró al suicida todos los pueblos de la tierra.

—Mira, le dijo; y vió dolores y placeres, y vicios y virtudes. Allá reyes magnánimos visitaban y socorrian á los pobres; aquí opulentos cortesanos pasaban en orgías los días y las noches. Allá los ladrones y asesinos perseguían á las caravanas en el fondo del desierto; acá los religiosos acortaban su vida en medio de las nieves para salvar la del viajero extraviado.

Y volvió á hablar el Señor al suicida, y le dijo:

—¿Has visto tanta virtud y tantos crímenes? Muchos son ignorados en la tierra, muchos quedan sin recompensa y sin castigo. ¿Y habian de ser iguales los buenos y los malos cuando les cubra la losa del sepulcro? No, no. Yo estoy en todas partes. Yo, que veo lo que se hace ocultamente, doy en la eternidad el premio y el castigo. Desnudo y solo viene á mí el opulento cortesano; desnudo y solo el Rey; solo el vasallo, sola la dama que hacía las delicias de los hombres; sola la pobre huérfana y la viuda. Y aquí, temblando en presencia del que Es, escuchan su sentencia de rodillas.

¿Ves aquél torrente de luz que hiende el aire? Es el alma de un hombre que fué despreciado por el mundo. Lloró, sufrió mas que tú has sufrido, pero nunca perdió su fé ni su esperanza.

Y pasaron sus días y sus lágrimas, y viene á ser feliz eternamente,

Mas tú rebelde y orgullosa criatura, que pensabas descansar en el sepulcro, serás horriblemente desgraciada, y lo serás para siempre, para siempre.

Tú lo has querido, no has sido fuerte para vencer las tentaciones y llevar los trabajos de la vida: no eres digno de reinar con los fuertes en el Cielo.

Cesó de hablar; se conmovió el espacio y desapareció el Señor de los ejércitos.

Y el infeliz suicida quedó solo y dejó de ver á su Juez irritado; y vió debajo las llamas del infierno, y contempló la interminable eternidad, y se precipitó blasfemando en el abismo; y sintióse desgarrado por el remordimiento de sus crímenes, mientras que el Angel de su guarda, agitando sus alas de rosa y cruzando el espacio le decía:

—Tú lo has querido; no has sido fuerte para vencer las tentaciones y llevar los trabajos de la vida: no eres digno de reinar con los fuertes en el Cielo.

VARIETADES.

EL TESTARUDO.

Et fient novissima hominis
illius pejora prioribus.

(Luc., cap. II, vers. 26).

De noche, en un mal paso y sin linterna,
Juan se rompió una pierna.

¡Vaya todo por Dios!

Le curaron tal cual; pero volviendo
A aquel paso tremendo,
Juan se rompió las dos!

Sanó al fin: más tornando á la aspereza,
Partióse la cabeza,
¡Y muerto quedó allí!

*Si á un cristiano su culpa, se le absuelve,
Y al vicio vuelve y vuelve,
¿No le sucede así?*

EL BLASFEMO.

Qui blasphemaverit nomen
Domini, morte moriatur.

(LEVIT., 24-23).

*Quien, de acción ó de palabra,
Contra Dios la espada esgrima,
Su eterna desdicha labra,
Y Dios siempre queda encima.*

Una Cruz de toско pino,
En un campo levantada,
Por la sombra dibujada,
Copiábase en el camino.

Espantósele el pollino
A Blas con la sombra oscura,
Y el Ganso en la tierra dura
Vino á dar.... (por las orejas.)
Con lo cual blasfema y jura,
Rompe en sacrílegas quejas.

Y al ver la Cruz, que, en el suelo,
La sombra fiel ha extendido,
Pisábala enfurecido,
Vengándose así del cielo.

Mas ¿qué logra el muy ciruelo?
La Cruz siempre se levanta
Sobre la rústica planta,
Por mas que en pisar se extrema;
Y así del crimen que espanta
Sacó solo.... ¡el anatema!